

TERRY
GILLIAM

Actor y cineasta. No escarmienta. El Monty Python americano está preparando otra vez las maletas para viajar a España y rematar el sueño -o quizá la pesadilla- que le acecha desde hace 20 años: 'El hombre que mató a don Quijote'. Por el camino, presenta el libro de sus memorias, testimonio de una vida ácida, delirante y llena de libertad

«HARÉ EL 'QUIJOTE' O MORIRÉ EN EL INTENTO»

CARLOS FRESNEDA LONDRES
CORRESPONSAL

Mientras llega el momento de filmar su *Quijote*, Terry Gilliam nos invita a sumergirnos en su mundo imaginario y lisérgico, en unas memorias «prepostumas» (*Gilliamismos*, Malpaso) que anticipan lo inevitable y vislumbran una segunda vida: la de roble.

Pregunta.— Don Quijote cabalga de nuevo... ¿Será la definitiva?

Respuesta.— Eso espero. Todo está listo para rodar la primera semana de octubre. Estoy deseando volver a España. No le podemos hacer un feo a Cervantes en su 400 aniversario...

P.— Pero usted lleva intentándolo desde 1988. ¿No teme dejar la peli-

la inacabada, como Orson Welles?

R.— Sigo preocupado: hasta que no la vea acabada no me lo voy a creer... *El Quijote* se ha convertido en la mejor de mis pesadillas, pero algo me dice que esta vez será la definitiva. No creo en la maldición del *Quijote*. La voy a acabar aunque muera en el intento (risas). Creo que por fin he encontrado el *cast* ideal, con Michael Palin en el papel principal. El siempre fue el *bueno* en esa pandilla de viejos miserables de los Monty Python. Merecía un premio...

P.— ¿Le veremos luchar contra molinos de viento? Lo que prepara no es una adaptación, sino una delirante versión personal...

R.— Digamos que la historia origi-

nal ocurre en el siglo XXI, con un experto en marketing [Toby Grisoni] que viaja en el tiempo. Pero la historia es básicamente la misma: la de un tipo que se niega a aceptar las limitaciones de la realidad. Yo siempre me he identificado tremendamente con ese tipo: una y otra vez me he caído del caballo luchando contra molinos de viento. Pero merece la pena intentarlo. Lo único que temo es decepcionar, después de tantas expectativas.

P.— Ahora que publica sus memorias, ¿qué tres cosas le gustaría hacer antes de *estirar la pata*?

R.— *El hombre que mató a Don Quijote* y dos películas más. Con eso me doy por contento.

P.— Vivir cerca del cementerio de Highgate, de la tumba de Marx, ¿le hace sentirse más mortal?

R.— Digamos que pasear entre tumbas te hace poner los pies en el suelo. Hubo un tiempo que fantaseé con que me enterraran en Highgate, pero he cambiado de planes. Ahora quiero que me entierren en una colina en Italia, en un ataúd de cartón, y me planten un roble en el pecho. 100% ecológico.

P.— ¿Y la reencarnación?

R.— Me estoy volviendo un poco hindú a estas alturas. Me quiero reencarnar en ese roble, convertirme en un árbol bello y poderoso.

P.— ¿Lo de escribir las memorias

prepostumas es porque se ve ya con un pie en la tumba?

R.— Así íbamos a haber titulado la vuelta de los Monty Python en el 2014, con ese pie de Bronzino que tanto nos identifica. Al final elegimos: *Uno caído y cinco de pie*, en memoria de nuestro añorado Graham Chapman... Pero no, las memorias no surgieron del temor a la muerte. Todo empezó de un modo casual y sin premeditación, como casi todo lo que he hecho en esta vida (salvo el *Quijote*). Prefiero dejar que las cosas «me pasen», sin precipitarlas. Y esta vez fue mi hija Holly quien sugirió que por qué no poníamos en un libro mis dibujos e ilustraciones, aderezados con unos cuantos recuerdos. Mi memoria, por desgracia, es muy caótica. Así que lo que hemos hecho ha sido pepetar un «gran robo autobiográfico», ya lo advertimos al principio.

P.— Usted arranca el libro con una confesión: «Siempre me dio miedo meterme ácido». Pero mucha gente piensa que sus películas e ilustraciones son lisérgicas...

R.— Lo que digo es verdad. Yo no he necesitado la química para llegar

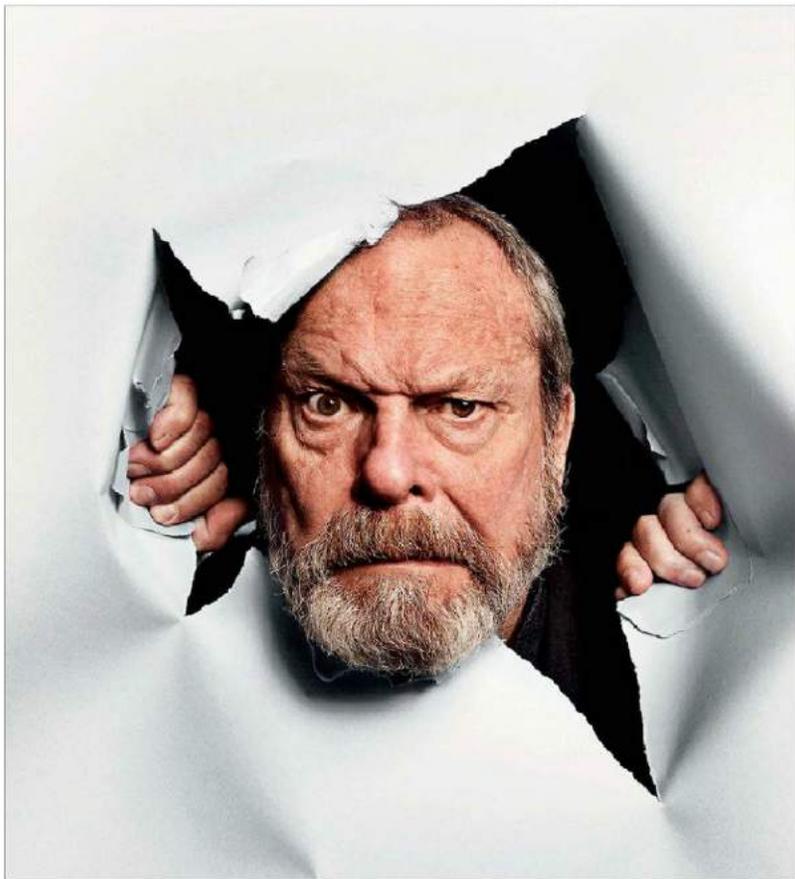
al reino de la imaginación. Digamos que siempre he tenido un problema para distinguir entre el sueño y la realidad. Eso me ha dado grandes satisfacciones y grandes disgustos.

P.— Cuenta que le costó encajar en los Monty Python por su acento americano y por su visión de la realidad...

R.— Siempre fui el *outsider* de los Monty Python y me costó encontrar mi sitio. Mi acento me delataba, y creo que por eso volqué toda mi frustración en las ilustraciones, que dejan muy claro cómo me sentía entre ellos... No éramos un grupo compacto, sino una amalgama de gente muy distinta, cada cual con su propia locura. Todos teníamos nuestras propias

querencias, y yo arrimé de entrada el ascua a Eric Idle por su tendencia a lo exótico y lo grotesco. Pero en el grupo había fallas muy grandes. Estaban los de Oxford y estaban los de Cambridge, estábamos los *Terrys* y los *no Terrys*... Funcionábamos por pura fricción, por una mezcla de antagonismo puro y apoyo mutuo. Pero todo quedaba de lado en cuanto saltaba la chispa. ¡A ver quién dice la mayor estupidez!

«FUI EL
'OUTSIDER'
DE LOS
MONTY
PYTHON, ME
COSTÓ
ENCONTRAR
MI SITIO»



MALPASO

Era como un fuego que nos quemaba y que le íbamos pasando al otro... Aunque también nos teníamos respeto. A lo mejor suena a mehez, pero ese fue nuestro secreto: podíamos humillarnos de cara a la gente, pero entre nosotros éramos tremendamente respetuosos. Nunca nos insultamos, no como otros...

P.- Reconoció que volvieron en 2014 para hacer dinero...

R.- Sí, para que Terry Jones pudiera pagarse la hipoteca y todos nos pudiéramos mudar con él... Es cierto, el elemento económico fue vital para vencer las resistencias, empezando por la mía propia. Tenía miedo a que no funcionara. Pensaba: ¿quién va a querer ver a un grupo de septuagenarios haciendo viejos chistes? Increíblemente funcionó. Lo pasamos espléndidamente. Y fue muy grato comprobar que en el público había gente de todas las generaciones, riendo a carcajadas con la Santa Inquisición.

P.- ¿Volverán a juntarse, como los Rolling Stones?

R.- Una vez y no más. Pongo la mano en el fuego.

P.- ¿Le gustaría ser recordado como un miembro de los Monty Python o por sus películas?

R.- Casi preferiría que me olvidaran, que me dejen tranquilo.

P.- Hábleme de *Brazil*.

R.- No me gusta mirar hacia atrás y ver mis propias películas, pero confieso que con ésta he hecho

una excepción. Tiene una extraña cualidad que me sorprende. Ha resistido bien el paso del tiempo.

P.- ¿Quizás porque avanzamos hacia la *distopía*?

R.- No lo sé, pero atravesamos un periodo incierto. Al futuro le está pasando algo extraño, como advertía William Gibson. Creo que tenemos problemas con la noción del tiempo, y eso es algo que exploraba en mi última película, *El teorema cero*. Todo pasa demasiado rápido. El futuro ha pasado por nuestras narices y se nos ha escurrido como un pez. Y al mismo tiempo el pasado nos sigue pasando factura: a veces me acuerdo de *Cien años de soledad*, parece que

«TODO PASA DEMASIADO RÁPIDO. EL FUTURO SE NOS HA ESCURRIDO COMO UN PEZ»

estoy escuchando voces que se empeñan en mantener viva la memoria colectiva.

P.- Usted renunció a la nacionalidad norteamericana en tiempos de Bush. ¿Qué tal ser *no-americano*?

R.- Este año expira el plazo y podría decidir ser de nuevo americano. Pero en esto

llega Trump y sirve para que me reafirme. La política se ha convertido en un *show* de marionetas. Y lo digo también por Hillary. América se ha convertido en un lugar disfuncional, bipolar.

P.- ¿Y volverá a cambiarse de nacionalidad si hay *Brexit*?

R.- La campaña es una agonía: mentiras y estupideces en los dos lados. El debate ha caído bajo... Pero yo quiero quedarme en la UE, con todos sus defectos.